

# EL ZURRIAGO



VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos  
que explotan á los obreros.

Lo mismo que á los farsantes  
y á los sabios ambulantes.

Pero suplico á *El Progreso*  
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal  
para *La Aurora Social*.

No imitaré, vive Dios  
á ninguno de esos dos.

Pienso decir la verdad  
a toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar  
ni á la decencia faltar

Y á quien así no lo crea  
¡buen arreglo! que me lea.

AÑO I | PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Un año. . . . . 3,00 pesetas  
Un semestre . . . 1,50 »

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precios convencionales. La co-  
rrespondencia al Administrador.

NUM. 20

Pravia 15 de Junio de 1902

LA CUESTION SOCIAL

## CARTAS Á UN OBRERO

XVI

Mi querido X: Tres cosas principalmente afirmé en las cartas precedentes: 1.<sup>a</sup> que la Iglesia se interesó siempre muchísimo por los obreros, los que le son deudores de una protección incansable y sin igual en todos los tiempos, y esto en cuanto á su bienestar humano, material, terreno: 2.<sup>a</sup> que la Iglesia con sus enseñanzas celestiales, y sólo la Iglesia, consigue para vosotros, si le dais oídos, la relativa felicidad que en este mundo es posible: 3.<sup>a</sup> que la Iglesia no se contenta (como os dicen los embaucadores) con predicaros resignación, sino que procura señalaros el camino de vuestro mejoramiento, y que sólo ella resuelve el pavoroso problema social con arreglo á justicia, y por lo tanto sin la odiosa y repugnante explotación de los obreros. Las dos primeras afirmaciones, que me pareció oportuno dejar sentadas antes de pasar adelante, ya quedan suficientemente demostradas, aunque con la brevedad que me imponía el deseo de llegar á la afirmación tercera. Y de paso te suplico que te fijes en una cosa, en que muchos obreros no se fijan; yo, como todos los redactores de EL ZURRIAGO, como todos los católicos, cuando afirmo una cosa, la pruebo con razones. Otros, tú bien los conoces, y ya sé que no son de tu devoción, afirman lo que les da la gana y lo prueban soltando calumnias, injuriando á personas respetables, escupiendo blasfemias, etc., etc., etc. ¿Qué demuestra ese diverso modo de proceder? Viene uno y te dice: esto es así, porque... y empieza á despotricar

contra lo más santo y venerable; viene otro y te dice: esto no es así por esto, y lo otro, y lo de más allá; en fin, dando razones, discutiendo, aclarando las cosas, sin injuriar á nadie, sin dar voces.... ¿qué significa ese modo de proceder? ¿No ves ahí al hombre que defiende noblemente sus ideas y al embaucador que trata de engañar, fascinando con palabrotas? Creo que esta sola observación basta para que un obrero honrado sepa á qué atenerse, á quiénes debe escuchar.

Digo, pues, que te he demostrado las dos afirmaciones primeras, y por lo tanto, ya sabes los motivos que tienes para sentir lastima de esos infelices compañeros tuyos, que miran con prevención á la Iglesia, sencillamente porque un cualquiera les dice, sin dar razones (a no ser que por tales se tengan las calumnias), que la Iglesia es vuestra enemiga. Es curioso y resultaría bufo si no fuese digno de lástima: los obreros á que aludo saben que entre ellos el representante de la Iglesia es el párroco; saben que éste no sólo no es enemigo de los obreros, sino todo lo contrario; y porque un mentecato viene y les dice que la Iglesia los explota, ellos lo creen... Ah, casi desearía verlos por un momento, sólo por un momento, en la miseria, para que palparan con toda claridad quién es el que los explota ignominiosamente en los tiempos de bonanza, y quién los abandona en los terribles contratiempos.

La tercera afirmación aun no está más que indicada, y á demostrártela voy en las cartas sucesivas, á las que pongo por título *La cuestión social*, porque deseo tratar de ella extensamente y con toda claridad y razonando las cosas en forma. Supongo que prestaras estas cartas á tus compañeros socialistas, como lo hiciste con las otras. Después que las lean procura preguntarles: ¿Plantean con tanta claridad los socialistas la cuestión obrera? ¿Hablan con tanta serenidad? ¿Aducen de ese mo-

o razones incontestables? ¿Exponen sus ideas sin injuriar á nadie, sin levantar mentiras, sin descubrir la oreja del embaucador? Y podrás preguntar todo eso porque yo pienso reunir todas esas condiciones, y sé por experiencia que los socialistas no las reúnen jamás.

Y no creas que me pego bombos, como Vigil, que tiene que alabarse él porque no hay quien le alabe; yo puedo prometerte todo eso porque estas cartas sobre la cuestión social van á ser una sencilla explicación de la Encíclica del Papa sobre la situación de los obreros. Yo valgo muy poco, pero aunque valiera mucho, no me sería posible exponerte con mayor claridad, mayor precisión y mayor copia de razones esta cuestión, que siguiendo al gran León XIII. Esa Encíclica incomparable es la admiración de todos los sabios y ha merecido ser aplaudida por los mismos socialistas en un congreso internacional celebrado en Suiza, donde la leyó un católico y la aclamaron llenos de admiración los socialistas, los protestantes, los judíos, en fin todos los obreros. Los únicos que han puesto reparos al gran Pontífice (¡á quien Vigil desprecia!) fueron los partidarios de la explotación del obrero, quienes dijeron que León XIII era socialista.

Pero yo no quiero que me creas bajo mi palabra; lee y después juzga. Ya verás hasta qué punto es digno de lástima ese mentecato, que se atreve á escupir contra el gran Papa de los obreros! Aquí verás desenmascaradas y varonilmente combatidas las dos clases de explotadores: los patronos sin conciencia y las líderes socialistas. No voy á inventar nada, no trato de sentar plaza de sabio, como Vigil intenta sentarla repitiendo blasfemias estúpidas, mil veces contestadas por los católicos y por los mismos impíos; voy á exponerte lo que es la cuestión obrera, que seguiré llamando cuestión social, y la solución que le da la Iglesia católica. Tengo la seguridad de que has de quedar satisfecho y convencido de que os están engañando

miserablemente ciertos vividores. ¡La cosa está tan clara!  
Y hasta la próxima.

Tuyo

UN AMANTE DE LOS OBREROS

P. D.

Repito lo dicho: aparte del desafío de EL ZURRIAGO yo reto á todos los socialistas y á todos los afines, aunque sean catedráticos de Universidad, á discutir cuanto digo en estas cartas. ¿A que ellos no se atreven á decir lo mismo de las cosas que os cuentan? Y si alguien desea combatir mis asertos en este mismo lugar, yo le cedo el sitio y prometo que EL ZURRIAGO publique el artículo en que se me conteste. ¿Puedo hacer más para demostrar que os embaucan?

## SOCIALISMO VERDAD (1)

Además de los obreros que por su talento y especiales disposiciones pueden elevarse hasta los primeros puestos en la administración del Estado, y con más facilidad á los del ministerio eclesiástico, que no es privilegio de ninguna clase, no son pocos los que con un trabajo inteligente y una conducta juiciosa y morigerada logran adquirir no despreciable fortuna y colocarse en posición desahogada y acaso brillante. Y son muchos más los que, sin alcanzar un resultado tan lisonjero, llevan no obstante una vida modesta, pero tranquila, y gozan de apacible bienestar.

Esto es lo razonable y práctico, y á esto deben aspirar la generalidad de los trabajadores, renunciando á ambiciones locas, cuya satisfacción es ilícita ó imposible, ó no sería más que un nuevo desengaño y un incentivo de otras malas pasiones más locas y desapoderadas aún,

(1) Véase el número anterior.

pero siempre ineficaces para realizar los ideales que algunos obcecados acarician.

Padecen en efecto otra equivocación muy grave los trabajadores que juzgan que para ellos solos son todas las privaciones y amarguras, al paso que en las otras clases todo es felicidad y bienandanza. Esta, si ha de ser completa, sólo en el cielo hemos de buscarla.

No sabemos qué grado alcanza la dicha de los que, favorecidos por la fortuna, tienen abundancia de recursos, y los emplean en procurarse todo género de goces sin atender á ningún precepto moral, ni aún á las exigencias del decoro. No creemos en tal dicha, y antes los juzgamos, bajo todos respectos, desdichados; pero cualquiera que ella sea, no puede ser objeto de envidia, ni los que de ella gozan son dignos de servir de modelo á nadie.

Dejemos también á un lado los horribles dramas de la miseria, cuyo solo recuerdo oprime nuestro corazón con aflicción penosísima.

Nada pretendemos rebajar del negro colorido con que suelen pintarlos novelistas y poetas.—Por desgracia la realidad supera en muchos casos á la pintura.

Tampoco utilizaremos el recurso de atribuir buen número de ellos á la mala conducta.—Es muy cierto que la miseria y otros infortunios recaen frecuentemente sobre personas que, humanamente juzgando, no merecen padecerlos.

No disculpamos á las clases acomodadas que dan lugar á estas situaciones deplorables, ó no acuden á remediarlas con la prontitud y eficacia debidas; pero sí haremos notar que tampoco éstas están exentas de penalidades extraordinarias, ni de las innumerables cuitas y molestias que son triste patrimonio de la humanidad.

El médico, el abogado, el militar, el sacerdote, el magistrado, y en general todos los que ejercen una profesión útil, si tienen conciencia de su deber y según conciencia lo cumplen, tienen que trabajar no poco, y sus trabajos son, ó por lo menos resultan en el sugeto, no menos penosos que los que exigen el cultivo del campo y la generalidad de los oficios mecánicos.

—¡Si los trabajadores supieran en qué graves aprietos nos vemos á las veces, y cuán amargos trances pasamos!—Y es de advertir que algunos de estos trabajos, por la inquietud que causan y por la concentrada atención que exigen, ponen el espíritu en tal grado de tensión, que sería imposible soportarlos por mucho tiempo seguido sin grave riesgo para la salud y para la misma vida del cuerpo.

No hay, pues, tanta diferencia como los trabajadores generalmente juzgan, ni como á primera vista parece, entre la desgracia que padecen ó la felicidad que unos y otros disfrutan.

Hablando propiamente y en tesis general no hay quien sea capaz de demostrar de manera concluyente

quiénes son más felices ó más desgraciados por el hecho de ser ricos ó pobres, nobles ó plebeyos, labradores ó industriales, etc. La felicidad relativa de que se puede gozar en el mundo no depende tanto de la condición ó clase á que se pertenece, ni de la mayor ó menor abundancia de recursos para vivir, como de la disposición de espíritu con que se miran y toman las cosas de la vida. Cualquiera que se haya parado un momento á ver y considerar cómo se divierten nuestros labradores y artesanos en las fiestas populares, no pensará seguramente que haya quien pueda divertirse más y mejor.

La desgracia de muchos trabajadores está, en gran parte, en la equivocación que venimos señalando: en creer que los que no trabajamos como ellos, somos más dichosos, y lo somos precisamente á su costa; equivocación que no sólo ellos padecen—sea dicho de paso,—pues es general la propensión á fijarse más en los inconvenientes propios y en las ventajas ajenas, que en los inconvenientes ajenos y en las ventajas propias.

En virtud de esta falsa apreciación, á veces fatalmente unida á circunstancias difíciles, y á veces también fundada en los abusos de las clases acomodadas, nacen en el corazón de los trabajadores aspiraciones immoderadas, que, no pudiendo ser satisfechas, engendran envidias y rencores contra todos los que reputan injustamente privilegiados, y consiguientemente contra las leyes generales que determinan y regulan nuestra situación respectiva en el concierto social; y esta disposición de ánimo es constante tortura de su alma, y la principal causa de su desgracia.—Por supuesto que todo ello viene á parar en último término en la falta de Religión: en que no se considera esta vida como estado transitorio, y se prescinde de su verdadero fin.—He aquí por qué hay muchos desgraciados en el mundo.

### EL POETASTRO (1)

Junto á un búcaro de arena  
Lleno de líquida plata  
(¡Dios mío, qué hermoso lago!  
Aquí Góngora me valga)  
Donde el rubicundo Febo  
Sus áureos cabellos baña,  
En el antro nemoroso,  
En el recóndito alcázar  
Do con su dardo acerino  
Las fieras persigue Diana,  
Cuando el rosicler luciente  
Tenebrosa noche aguarda  
Y el vespertino lucero  
En arreboles se engasta,  
Un amado de las Musas  
Tañe su lira dorada  
Y en oda armoniosa y suave  
Al dulce Morfeo llama.  
Al silencioso palacio  
Do tiene el Sueño morada  
Llegó, en las alas del eco  
La poética plegaria.  
Sale Morfeo y tronchando  
Las soporíferas plantas  
Que, aromática corona,  
Su mansión cercan y guardan,

(1) Para variar algo, y á fin de que los *eximios* respiren el despampanante, como, tal, desea descansar un poco. Alla él.—N. de la R.

Como el pensamiento, rauda,  
La etérea distancia pasa,  
Llega, mira, sopla, y queda  
Durmiendo el poeta en calma.

Y ya sueña: ya del lago  
Bella visión se levanta,  
Derramando hermosas perlas  
Sobre el cristal de las aguas.

Corre mi vate y la besa:  
—¡Es mi Musa!, alegre exclama,  
Más pulcra que la alma diosa  
Que tiene en Chipre morada.

—O te dejas de canciones  
O te chapuzo en mi fragua.—  
Dice la visión que al punto  
En don Vulcano se cambia.

Queda el vate patitioso  
Y no muere por desgracia;  
Quiere correr, más el cojo  
De dos saltos me le atrapa.

—O te propino un porrazo,  
O me escuchas dos palabras;  
Tengamos en paz la fiesta  
Y no quieras ahora aguarla.

Yo sé urbanidad bastante  
Aunque tengo fea cara,  
Y si tienes buenas pulgas,  
En mí mataré las malas.

Paso, pues, á la consulta:  
Quiero ver si me declara  
Por qué siempre andan á vueltas  
Con la gente de mi raza.

—¿Es que somos estropajos?  
Diga usted ¿en qué posada  
Habemos comido juntos  
Que tienen tal confianza?

según ustedes, Cupido  
Tiraniza, roba, mata,  
Da vida, es bueno, piadoso,  
Es cuerdo, loco y engaña

Pues de la tal jerigonza,  
Señores vates, no hay nada:  
Es sólo un niño mimoso  
Que por todo llora y rabia.

En cuanto veis por la calle  
Alguna chiquilla guapa  
Ya decís: allí va Venus,  
Aunque se llame Pascuala.

Bien se ve que aquí no llegan  
Desde el Olimpo las cartas:  
¿No sabéis que Venus tuvo  
Viruelas y quedó calva?

Ya estoy el cuerno admirando,  
Al hablar de la abundancia  
Cuando se fué el cuerno al cuerno,  
Pues se perdió esta mañana.

Llamáis á Jove potente  
Por los rayos de mi fragua,  
Y él mismo no está seguro  
De que un mal rayo le parta.

En cosas de nuestra vida  
Sólo miráis las pasadas,  
Y esto hará que pronto vuelvan  
Las vísperas sicilianas.

Además decís mentiras  
Mucho mayores que casas;  
Yo os pusiera las peras  
A cuarto de buena gana.

Los castillos en el aire  
Nadie más que tú levanta.  
¿No sabes que eso es echar  
Las guindas á la torasca?

Pero dejando estas cosas  
¿Por qué, si no tienes dama,  
Andas á vueltas con Lesbia,  
Cloris, Galatea y Diana?

Y si acaso la tuvieras  
¿A qué viene el compararla  
Con perlas, rubis, diamantes,  
Rosas, ángeles y plata?

¿Tan ricos sois? ¡por la Estigia  
Que si fuera tal tu dama,  
Cuando no tuvieras cuartos,  
Fuera al Monte á empearla.

Mil cosas más te dijera,  
Pero ya Morfeo marcha  
Y así sólo te suplico  
Que hagas saber en tu patria

Que mi papá no me ha echado  
Del cielo de una patada,  
Por teo, sino que viendo  
Que era el Olimpo una casa

De Tócame Roque, quiso  
No detenerme allí nada,  
Y por no pararme un poco  
A colocar una escala,

Bajé, dando volteretas,  
Hasta mi profunda fragua,  
Rompiéndome, en la caída,  
Las narices y una pata;

Y eso que cogí debajo  
Un ciclope que miraba:  
Y dí que, aunque soy horrible,  
No disimulo mis faltas

Como hacen las petulantes  
Y petimetras humanas,  
Por que ni gasto peluca  
Ni las narices de pasta.

Que conste, pues; ahora cumplo  
Lo que Vulcano te manda  
Y deja que te dé un beso,  
Pagándote tales gracias...—

Pero al besarle, despierta  
El vate, porque en la cara  
Le cayó, dándole el beso,  
Un erizo de castaña,

Por lo que coge su lira,  
Canta su visión y marcha  
Por el antro nemoroso  
Por el recóndito alcázar

Do con su dardo acerino  
Las fieras persigue Diana.

## ¡POBRE VIGIL!

Ya aguardé bastante tiempo.

Hace no sé cuántas semanas dije, en resumen, al leader de los socialistas asturianos: Manuel Vigil y Miguel Lavín, á juzgar por las letras de que los respectivos nombres y apellidos están compuestos, son una sola persona. *Manuel Vigil* tiene las mismas letras que *Miguel Lavín*: es moralmente imposible que esto sea una coincidencia, que el director de *La Escupidera* y su principal colaborador tengan nombre y apellido compuestos de las mismas letras, ni una más, ni una menos. Conque ó me dice V. dónde vive, á qué se dedica, quién conoce á *Miguel Lavín*, ó resulta indudable que no hay tal *Miguel*, y que se trata del propio *Vigil*.

Con sólo la igualdad de letras ya había bastante para dar la cosa por segura, pero como á mí me gusta mucho la honradez y no juzgar mal de nadie sin tener pruebas evidentes para ello; como no me gusta engañar á los obreros, dándoles por seguro nada, sin antes acudir á todos los medios para cerciorarme de que estoy en lo cierto; como me gusta hacer lo contrario de ciertos papelititos que todo lo arreglan diciendo pestes y groserías contra personas respetables, aunque no tengo por tal á *Vigil*, quise seguir con él ese noble sistema y por eso le pregunté: ¿Qué hay de esa coincidencia, compañero?

Hoy ya puedo dar como seguro, ya puedo decir á mis lectores: No existe en el mundo tal *Miguel Lavín*; éste es un disfraz de *Vigil*, cuando no quiere dar su nombre; *Miguel Lavín* es el mismísimo *Manuel Vigil* en persona. Y una vez sabido esto, veamos algo de lo que de ahí se deduce y recordemos algunas cosillas. Suplico á los obreros que se fijen, porque en estas líneas tendrán lo suficiente para exclamar conmigo: ¡Pobre *Vigil*! Sí, compadezcámosle, pues para eso somos cristianos. Compadecámosle, no nos gocemos en sus desgracias.

Ante todo exponga nos el hecho de autos. *Manuel Vigil*, el apóstol de los obreros, el redentor de los trabajadores, el jefe de los socialistas, el director de *La Aurora Social*, el número uno del Socialismo en Asturias, (pues los pedagogos no pasan de ser discípulos suyos) se esconde para hablar á sus obreros, se disfraza para defender sus ideales, para predicar en su mismo periódico.

Este es el hecho. Ahora pregunto yo, que soy curioso como soy *Zurriago*: ¿Por qué hace eso *Vigil*?

Si los obreros tienen confianza en su leader, si éste tiene autoridad entre ellos, si hacen caso de él, parece natural, no sólo que no se esconda para hablarles, sino que procurase aparecer él siempre como autor, aprobante, inspirador de cuanto á los obreros se diga en su órgano. Debía decir por sí mismo y no por otro lo que quisiera decir, debía no poner en labios de un desconocido lo que él creía que los obreros debieran tomar como cosa buena.

Pues entonces ¿por qué no solamente no hace eso, sino que se disfraza para decir las cosas más gordas á los infelices obreros? ¿Por qué no las dice él, dando la cara y añadiendo á los razonamientos el peso de su autoridad de jefe, de redentor, de apóstol?

Ah, porque no tiene autoridad ninguna; eso salta á la vista. El se dice: Si digo yo esto por mi cuenta, como cosa mía, maldito el caso que hacen de mí los obreros, pues ya me van conociendo. Lo diré disfrazado, y así, viendo que no soy yo quien lo dice, acaso lo traguen y me atiendan. Diciéndolo yo, añadirán los obreros: eso lo dice *Vigil*; como si lo dijera *Trocás*, el barbero, mierense, ó cualquier otro que equivalga á la carabina de *Ambrosio*. En cambio si pongo allí una firma desconocida, dirán los obreros: hombre, ¿quién es éste?, y como aún no han descubierto que ese tal les da gato por liebre, lo creerán.

Bueno, pero un jefe socialista, y no socialista que, para ser creído y escuchado, tiene que disfrazarse, que se reconoce tan

privado de autoridad, tan poco fidedigno, tan desprestigiado entre los obreros mismos, que tan fácilmente se embaucan, ¿no es digno de lástima?

Vigil teniendo que esconderse, que disfrazarse para que de él hagan caso los obreros: ¿se puede dar fracaso mayor? Obreros, ¿no os basta esta observación para acabar de romper con ese concejalillo (creo que por 60 votos)?

¿Qué se puede juzgar de quien busca la oscuridad para obrar? ¿Qué de quien se esconde para que los oyentes no lo descubran? Jesucristo ha dicho esta gran verdad: *el que obra mal, odia la luz*. ¿Por qué huye de ella Vigil? ¿Por qué se *disfrazaba para hablar á sus obreros?*

También supongo que Vigil haya hecho esta otra combinación: Además haciendo como que no soy yo quien dice todo esto, tengo mayor libertad para soltar más disparates, para despoticar á mis anchas. Yo tengo mis esperancillas de que algún día será todo un personaje, y no estará bien que entonces me echen en cara tanto despropósito. Así, ahora me voy á meter con la Biblia. Yo no sé una palabra condenada ni de filología, ni de historia, ni de hermenéutica, ni de nada que sirva para no levantarse de popa cada vez que combata ese libro, contra el cual han luchado todos los herejes, algunos muy sabios, en más de 18 siglos sin que hayan descubierto en él un error. Yo que soy un ignorante completo me meteré con la Biblia y si, como es natural, me tocas las cuatro, que pase otro por animal y quede yo tan campante.

Perfectamente, pero ¿es que los obreros son tan necios como cree Vigil, que se les pueda engañar tan burdamente? El pastel ya está descubierto; á mí, á EL ZURRIAGO debéis el dejar á Vigil en plena luz. Obreros, ¿no comprendéis que eso es burlarse de vosotros, daros gato por liebre, haceros tragar ruedas de molino, trataros de una manera despreciable? Obreros, los honrados, los que odiáis los gatuperios, los embrollos, los engaños, ¿no os basta lo dicho para saber lo que debéis hacer con Vigil? ¿No? ¿Aun no os basta? Bueno, pues continuaré otro día. Os citaré hechos en demostración de todo lo anterior. Y si aún con esto no os convencéis, os digo que Vigil es digno jefe de tales borregos. Porque necesita uno ser muy borrego para burlarse del cura y dar oídos á ese... disfrazado.

MIERES

## VAPULEO

*Trocás*, aquel *Trocás* que, según dicen por esos mundos, nos regalaron, *gratis et amore*, las autoridades de El Ferrol, se nos presenta en *La Aurora* (con perdón) ó sea en *La Escupidera* (con más perdón) de la semana última tan incorregible, tan insustancial y tan desasnable como siempre.

¿Qué *Trocás* éste!  
Cualquiera que se fije en él, como nos fijamos los que vivimos en Mieres, y le vea pasear de arriba abajo *algarabando* como un avestruz, moviendo los brazos con tanta soltura como las aspas de un molino, hablando siempre á voces para llamar la atención y pisando fuerte y tosiendo recio, cualquiera, digo, que se fije en él no tiene más remedio que exclamar: ¡Este... fulano es un fantoche!

Y realmente no se equivoca el que tal diga.

*Trocás* es un verdadero fantasmón, un fantoche de tomo y lomo.

Y lo es en todo.

Si va á un *mitín*, y conste que vá á muchos, sin duda porque se lo pagan bien, habla como si estuviera relleno de dinamita. Todo lo quiere por la tremenda, y especialmente cuando habla de los curas, y habla siempre, se le enciende el rostro como si á borbotones se le escapara por

los poros caña de 36 grados, sus ojos se inyectan en sangre y hasta su bigote, su *grueso* bigote, se encrespa como las cerdas de un cepillo. Es un orador bomba que no sabe más que un discurso. ¡Es un fantoche!

Si escribe en *La Escupidera* (con perdón) no se sabe qué admirar más, si su estilo hueco, tonto y cursi, ó lo deslabazado y pedestre de su pensamiento. Tan pronto llama catástrofe horrorosa á un pisotón sobre un callo como hecatombe á un mal estornudo. El caso es pasar por genio entre los pobres obreros, aunque entre las personas ilustradas pase por lo que es, ¡por un boca-rotal!

Y ahora vean cómo escribe *Trocás* y díganme ustedes si no tengo razón para darle patente de fantoche.

Dice *Trocás* en *La Aurora* (con perdón):

«¡Ya sonó la hora! ¡Ah! ¡Ya empezó el combate! ¡Oh! Nuestros adversarios utilizan todas las armas...»

Vamos á ver ¿no es esto escribir en tonto?

¿No creará cualquiera que *Trocás* al empezar de esa manera va á describirnos alguna batalla de la guerra del Peloponeso?

Pues no señor; todo eso lo dice porque los dueños de algunas empresas mineras de esta villa, han despedido á un par de socialistas... y sus razones tendrían para ello.

«¡Ya sonó la hora! ¡Ya empezó el combate!»

¿*Fuasis*, qué barbaridad!

Y parece que está escrito en verso.

«¡Ya sonó la hora!

¡Ya empezó el combate!

¡Ya viene «La Aurora»

hecha un disparate!»

Por donde se vé que *Trocás* cuando menos lo piensa, y eso que *piensa* mucho, resulta un Núñez de Arce superior.

Que era lo que le faltaba á Vigil.

Un propagandista en verso.

Una noticia del mismo *Trocás*:

«Pocos días ha, estubo aquí un capitán de la Guardia civil para formar expediente respecto al mal trato de que fueron víctimas... etc., etc.»

Bueno; aquí estuvo un capitán.

Y en Gijón estuvo un guardia civil que echó mano á Luis Miranda, el *compinche* de *Trocás*.

El cual Luisito estaba reclamado por el Juzgado de Lena, aunque yo no sé por qué se le reclama.

Si bien supongo que no será para darle caramelos.

Oye, tú, Palau.

Cuando los médicos receten algún específico y tú no lo tengas, habla claro y dí al parroquiano que no lo tienes.

Y no te metas tú á fabricante de específicos... similares, nada más que por no perder el importe de la receta.

Ya sabes por qué te digo esto.

Y Víctor Casal también lo sabe.

Y ahora... todos lo sabemos.

Ah, y cuando los médicos manden dar una *botella* de agua de Laeches, dá una botella, y no *media* como hacías *in illo tempore*.

Y si das *medias botellas* no las cobres por botellas enteras, porque eso es muy feo.

¿Estás enterado? Pues mucho ojo y sonsoniche.

Ah, dí á tú mujer que no meta tanto la cuchara en el *Centro*.

Porque si se empeña en sentar plaza de Belén Sárraga, le voy á dar los correspondientes meneos.

Lo mismo que si se tratara de un *Trocás* cualquiera.

Conque á ver si se comprime.

El domingo hemos tenido aquí á Vigil ó á Lavín, como ustedes quieran.

Desde la estación se dirigió al *Centro*.

Y allí creo que se limitó á repartir los papeles de una nueva comedia original del barbero Sáenz.

Digo esto, porque me parecía que andaban muy contentos todos los *samaritanos*.

Palau inclusive.

*El Dominio Girato*

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

## Otro Lavín

á los lectores de «LA AURORA»

(CONTINUACIÓN)

Lo prometido es deuda, y á saldarla voy.

Toca el turno al siglo VIII, número conocido, entre los aficionados á la lotería casera, con el nombre de *la morcilla*.

No es mala la que nos ofrece Galileo. En efecto:

«Año 700.—Invocación de los santos... establecida como ley en la Iglesia...»

Los SS. PP. dicen y demuestran muchísimas veces lo contrario.

Aquello de S. Félix de Nola lo ratifica, y el antiquísimo historiador Eusebio de Cesarea, que no fué ni Santo Padre, ni católico, pero sí imparcialísimo, lo confirma á maravilla. Escribió en el siglo IV y habla de la invocación de los santos como práctica universalmente admitida en la Iglesia.

¡Picaro Eusebio cesariense, dirá usted! Mas no tenemos necesidad de este *judío* para el caso presente. La Arqueología ventila satisfactoriamente la cuestión, puesto que en lápidas é inscripciones que se remontan al primer siglo, descubierta por anticuarios y arqueólogos, se demuestra lo que demuestran lo vamos; es á saber, que desde un principio los cristianos tenían en gran veneración á sus hermanos «difuntos en la paz del Señor», que se encomendaban á sus oraciones, y que les daban culto aunque no tan público y suntuoso cual hubieran deseado, por las frecuentes persecuciones.

Nada tiene, pues, de particular que en el segundo concilio de Nicea se aplauda y ratifique aquesta saludable y utilísima práctica.

Siglo IX.—Fiesta de la Asunción de la Virgen, por el concilio de Maguncia.  
No hay tales carneros, ¡compare! Antes del siglo VI, en la Iglesia oriental se tributaba culto á la Virgen bajo esta advocación é inmediatamente después del concilio de Efeso, en el que se definió la *maternidad divina*, contra Nestorio se honró á María en su Asunción á los cielos.

Y ahora abrir bien los ojos y asirse bien, y cuidado porque causa vértigo este otro cuadro:

La transubstanciación y la Misa considerada como sacrificio, *aparecen* en los escritos de Pascasio Roberto.

Más abajo analizaré ese *aparecen*, porque tiene su *busilis*.

En el concilio ya citado de Efeso, se llama á la Misa así tan *claramente* y sin lugar á equivocación: *sanctum vivificum incrementumque sacrificium*—santo, vivífico é incremento sacrificio. Y en el Calcedonense, año 451, se calcina la aserción de Galileo con aquestas otras palabras también muy terminantes: *...terribile et incrementum sacrificium*, por lo que con muchísima razón y no menos celo el Tridentino dió el golpe de gracia en la ses. 23, c. 1, ratificando esto mismo, contra todos los Galileos, Lavines y compañeros mártires....

Ahora vamos á concretar apostándonosnos con su favorito Robert.

Este Pascasio Robert escribió en efecto una obra, y después de correr en mano de los cristianos por unos 15 años, bien cumplidos, *apareció* otra obra escrita por Rantram, monje de la Abadía de Corbia, en la cual obra atacaba á Robert, no por lo de la transubstanciación, sino por la manera que tenía de exponerla, peregrina por cierto y cual si fuese nueva; esto es, cual si *apareciese* entonces por arte de *birli-birloque*, y este franco ataque,

hecho viviendo aun Robert, prueba hasta la saciedad que ya antes en la iglesia era tenida la Misa como sacrificio, y que se tenía esta doctrina bien admitida. ¡Qué sería de los mártires sin su Dios con ellos...! Además, y pongo punto á esto, la obra de Pascasio Robert, fué adulterada en el siglo XVI por Job. Gast.; y ahora averigüe usted, si no fuera por el *malhadado* Rantrán, qué no diría el Sr. Job. entusiasta de la reforma luterana.

Respecto á la canonización de los santos, así en absoluto, demuestra Galileo que no sabe de donde trae origen tal nombre.

Se lo diré.

Al principio se escribían en el canon de la Misa y esto bastaba para que los inscritos pudiesen ser honrados como santos; más tarde fué otra cosa, y se acabó.

Siglo X y XI.—Fiesta de los Difuntos: palabras añadidas al canon: colegio de cardenales: indulgencias plenarias.

¡Vaya una cosa!

Celibato del Clero.

¡Quinan barbaritat!

En Nicea el celibato se elevó á ley general, y ya antes en el concilio Iliberitano, celebrado en el año 300, se habla del celibato, y por más señas en el can. 33.

El concilio de Neocesarea, en el año 315, diez días antes del de Nicea, manda deponer á un presbítero que se había casado después de su ordenación.

Además Sócrates y Sozomemo, abogados y continuadores de Eusebio de Cesarea nos cuentan lo mismo, y por cierto que el primero, en el libro I, capítulo XI, afirma que *ésta* era la tradición antigua de la Iglesia, en la cual se fijó el concilio de Nicea para elevar el celibato á ley general; y para concluir, es sabido que jamás la Iglesia permitió se casasen los ordenados, ni vivir conyugalmente con sus esposas á los que estuvieran casados antes de recibir la sagrada ordenación; medida sapientísima, de tanta transcendencia y tan en conformidad con la dignidad, carácter y santidad del sacerdocio.

Siglo XII.—Primeros indicios de la Inmaculada Concepción de María entre los canónigos de Lión.

Pues atienda.

En la ley 6.ª, título III, libro 2.º del *código visigodo* ó sea Fuero Juzgo, al hablar de los días no feriados, aun para los judíos y sus siervos, menciona en primer lugar la Concepción de la Virgen María, y esto prueba la antigua creencia de los españoles en tan excelsa prerrogativa otorgada á la Madre de Dios.

Año 1125.—Adición de cinco sacramentos.

¡San Bartolomé me valga! Esto es algo así como si yo dijese: «Gutenberg en el siglo II inventó los fusiles y la pólvora, por lo que en aquel tiempo se peleaba á tiro limpio...»

Los protestantes admiten sólo el bautismo y la cena. Estos, pues, serán los dos sacramentos que Galileo con reticencia da por usados hasta entonces. Pues bien el P. Merlín, jesuita, prueba con irrefragables datos históricos que desde un principio *se fijaron* las formas, invariables, fáciles de retener, breves y comunicadas á los sacerdotes de generación en generación con motivo de guardar la ley del secreto, que como se rompiese muy latamente en el siglo XII... de aquí el dislate de mi Galileo, copiado á lo que entendiendo voy, de un libro *disparatado*, prohibido é intitulado «La religión al alcance de todos», ó de todas las fortunas, que no estoy muy seguro.

Siglo XIII.—Dispensas.

Dispensas, dispensas... ¿De qué, ho?

Rosario á la Virgen.

Bueno, y ¿qué me cuenta V. con las *cuentas* del Rosario?

La transubstanciación como ley en la Iglesia

*Misté* qué bien, cuando ya Tertuliano habló tan claro, y S. Cipriano ó S. Gregorio dice: «El pan en virtud de las palabras dichas por Jesús *este es mi cuerpo*, transmutatur—se transmuta.»

